

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Un paseo á la Punta de la Vaca, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *La reina sin nombre, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.* = *De Santa Cruz de Tenerife á Madrid, por D. Pedro de Prado y Torres.* = *Geroglífico.*

UN PASEO A LA PUNTA DE LA VACA.

La llegada de la primavera coincidió en el presente año con la benéfica concesión alcanzada para que las puertas de nuestra ciudad no se cerrasen hasta una hora avanzada de la noche, y ambas circunstancias atraían á las afueras al mayor número de aquellos paseantes que no han ido á Puerto Real, y que no han abandonado las poco amenas playas de la Aguada ó de Puntales por las no mucho mas floridas y verdes alamedas de Carretones. Nosotros, á par de los muchos, solíamos frecuentar la Puerta de Tierra, y tambien á par de ellos nos encaminábamos con preferencia hácia la Punta de la Vaca, guiados mas que de la curiosidad, del interés comun que nos llevaba á contemplar dia por dia y hasta hora por hora los perezosos adelantos de nuestro desventurado ferrocarril; de esa obra cuyos trabajos amagan perpetuarse de generación en generación, y que hasta ahora ha defraudado tantas dulces esperanzas, concebidas y acariciadas entre los pastelillos comidos en honor suyo y entre los rigodones bailados en su obsequio. Todo en él ha sido música y festines, y de seguro ya estaria acabado si las semi-fusas se hubiesen convertido en traviesas, en sillares los pavos trufados y en cal hidráulica las botellas de Champagne.

Llegó, como decíamos, la primavera, y allá íbamos todos en bandadas á coronar la mura-

lla del glásis ó el puentecillo provisional de madera, para ver llegar á puestas del sol la locomotora que trasportaba los trabajadores de la via, calculando en nuestras inocentes ilusiones los dias, á nuestro entender poquísimos, que nos restaban para el feliz en que fuésemos nosotros los acarreados. Este ya se señalaba de un modo punto menos que oficial. El diez y nueve de Marzo habia de florecer para nuestro ferrocarril la vara de San José; pero pasó aquel diez y nueve, y han pasado otros tres napoleones mas, y nada. A modo de figuron de fantasmagoría que va achicándose por puntos y embebiéndose hasta quedar reducido al tamaño de una avellana, así el movimiento, la animación y el bullicio de aquellos primeros dias ha ido mermando á términos de convertirse, cual hoy lo está, en un glóbulo homeopático. Los talleres de la playa se miran desiertos, y solo tal cual operario aburrido empuja como de mala gana un wagon de arena, para ir rellenando con ella á puñados el espacio que media entre los muros y la nueva calzada, que ha tanto tiempo se está fabricando como rabo de la línea, pero rabo á quien todavía queda muchísimo por desollar. En aquel estenso recinto no se oye la voz del trabajo ni el murmullo del movimiento; falta la vida, y los que desde lo alto lo contemplan, creen contemplar el osario de un ferrocarril.

¿Y cual es la causa? Eso es precisamente lo que nos preguntamos todos unos á otros. Respuestas no nos faltarán, y si no respuestas, pretestos; pero en tanto una triste verdad descuella á pesar de las unas y de los otros: esta verdad es que no tenemos ferrocarril y que no hay esperanzas, segun las señas, de que lo tengamos en mucho tiempo todavía: la verdad es que nos hemos quedado rezagados en el movimiento universal de la época, que se crean en otra parte intereses, que estos intereses se robustecen de dia en dia, que se ha-

JUNIO.

cen absolutos porque les falta la competencia, y que lo que cada día se pierde no se resarce ya. Cádiz, al presenciar desde la cima de la Punta de la Vaca aquel triste espectáculo, bien puede exclamar á boca llena: "¡Para esto he repicado tanto! Y lo que es mucho peor que el repique, ¡para esto he hecho tantos sacrificios!"

Hubo allá en la antigua Grecia una familia que del nombre de su principal tronco tomó el nombre de la familia de los Atridas, á la cual, segun las creencias de la época, se suponía maldita del cielo. Ninguno de aquella casta pudo jamás hacer nada á derechas, porque cuando parecía que los dioses habían mitigado sus enojos, cáten ustedes que sus esperanzas se desvanecían ante una nueva y mas terrible calamidad. Las viejas de hoy calificarían esto de mal de ojo; pero sea mal de ojo ó sea fatalidad, ello es que nuestro ferro-carril tiene de seguro parentesco con la tal familia de los Atridas. Sucédense las empresas, empréndense con ardor los trabajos, piénsase ya columbrar cercano su término, vemos sentados los rails, oímos el chirrido de las locomotoras, abrimos las manos para aplaudir; mas antes de que resuene la primera palmada surge un tropezon, y luego se alza una dificultad, y tras esta diez dificultades. Llégase á fuerza de afanes á cortar una de las muchas cabezas de esta hidra, pero de la cortada retoñan siete. Es el cuento de nunca acabar.

Estas reflexiones hacíamos para nuestro capote una de las tardes que allá fuimos, y al despedirnos lanzamos una mirada de dolor sobre dos locomotoras que allí estaban muertas de frio diciéndoles: "O vosotras, que en todas partes constituís el gran elemento de prosperidad y de vida para los pueblos, yo os saludo desde aquí arriba, no por lo que hasta ahora seáis, sino por lo que debierais ya ser y por lo que acaso logreis ser algun día para nosotros los hijos de este malaventurado Cádiz, que bien así como el Tántalo de la fábula, tiene sed rabiosa de ferro-carril, pero cuando se cree próxima á satisfacer, no su deseo, sino su urgente necesidad, el ferro-carril huye, cual allá el agua de los sedientos labios de aquel habitante del reino de Pluton.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

La loca de Edimburgo no se ha puesto aun en escena: es decir, que esta loca anda suelta

todavía. Entre tanto no se nos ha dado mas novedad que la comedia del Sr. Rubí *Quien mas mira menos ve*. Diremos algo de ella.

D. Bonifacio, hombre machucho y estravagante, habia formado el proyecto de casarse, pero á su edad la cosa era un tanto peliaguda. Como el D. Diego de *Elsí de las niñas* comprendió que era difícil hallar en el mundo una jóven que no estuviese ya prevenida en favor de un galan mas amable, mas jóven y mejor mozo que él, y como el mismo tio imaginó que este ave fénix solo pudiera hallarse entre las dobles rejas y las espesas celosías de un convento. Sin embargo, la Catalina de ahora distaba mucho de ser la Paquita de allá. Catalina era necia en el mas alto grado, y D. Bonifacio no tenia la sensatez del D. Diego. La novia, por tanto, ignorando los proyectos que respecto á ella se abrigaban, escuchaba con gusto especial las ridículas arengas amoratorias del mamarracho D. Venancio, escribiente del futuro, el cual tenia sobrada razon para estar celoso de unas preferencias que no habian entrado ciertamente en el cálculo de su proyecto matrimonial, si bien es cierto que la muchacha aceptaba tambien al maduro novio, atendida la posicion desahogada de su fortuna.

En esto llega á la hacienda de campo donde por prudente precaucion habitaba D. Venancio, un tal D. Ignacio Duque, su estrecho amigo. Comprendió el tal todo el absurdo, y propúsose romper la boda, para lo cual hizo creer á Catalina que ella era en extremo rica y de ilustre cuna, y que su tutor queria casarse con ella para aprovecharse de semejantes ventajas, añadiendo que el Venancio era no menos noble y opulento que ella. Los varios lances á que dá lugar semejante embrollo una vez que llega á entrar en cabezas tan vacías como aquellas, son los que sirven de alimento á la accion, la cual termina con el desengaño de D. Bonifacio, quien, por instigaciones de su amigo se casa al fin con una prima suya, muger de edad proporcionada, y cuyas excelentes condiciones no habia llegado aquel á apreciar, infatuado como estaba con su absurdo sistema.

Solo á merced del reconocido talento cómico del Sr. Rubí podrian sostenerse tantas escenas donde casi siempre sucede lo mismo, porque el argumento, tal como está vaciado, no dá para tres actos. Aquí puede decirse que los pormenores son lo de mas para el mantenimiento de la obra.

La ejecucion fué bastante buena. Creemos sin embargo que D. Bonifacio deberia ser menos viejo de lo que allí aparece. La Adela bien, el Sr. Camino estuvo en su papel, y otro

tanto decimos de la Sra. Rodriguez y el Sr. Delgado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII,
POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONTINUACION.)

—En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitacion uno como de mercader africano ó sirio.

—Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco....

—Precisamente. Un alfange corvo.... una coraza flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arqueta, envuelto con mucho cuidado, un capacete romano antiguo.... adornado con una magnífica cabellera femenil.

—Él es sin duda, él era; no estaba entre los vascones, me estaba siguiendo los pasos; ama aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

Estas espresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas o se hizo el sordo.

—¿Y dices, siguió el duque, que solo le acompañan dos ó tres esclavos?

—Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á su lado.

—Esta noche ¿á qué hora le esperan?

—A media noche, y vendrá solo.

—Perfectamente, dijo para sí el duque apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder y me le traigo á los calabozos del castillo. Tú, prorumpió dirigiéndose al verdugo, vas ahora á permanecer en tu habitacion sin salir de ella ni hablar con ninguno.

—¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado verdugo; antes de venir aquí ya he dado cuenta de todo al confidente del príncipe.

Separáronse con esto; el duque á buscar á sus cómplices, y el verdugo á Centola.

VII.

El alcázar destinado á los gobernadores de Segobriga, situado como ya hemos dicho en lo mas alto del cerro donde tiene su apoyo esta ciudad menos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto; un estrecho y largo cochitril le servia de almacén para los trastos de su oficio. En un rincon se veían una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; mas á la mano varios instrumentos de tortura, y colgadas de las paredes cuerdas, correas y varas. Al lado de una

ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando deseoso de hacer algun bien tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacian recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara que cuanto mas visible hacia el menaje de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo á otro: la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponía él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóla con desagrado que entrase y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióle Centola, tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasion que la del miedo. Sus megillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo, sus ojos habian cobrado una espresion espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se la espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza abatida siempre, símbolo de la servidumbre que se ha merecido.

Balbuzeando, interrumpiéndose y graneándose el cutis de todo el cuerpo cada vez que veía á su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardara secreto, porque si nó le mandaria echar un lazo á la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, habia prometido todo lo que se exijia de ella; Teodosinda le habia preguntado si le habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida que no diese lugar á ningun remedio. Contestó que sí Centola, le encargó Teodosinda que fabricase uno aquella noche misma y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo morirían á la primera ocasion sin remedio. Hé aquí por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del gobernador los ponía. Felizmente Sisberto escuchó la noticia con mas estrañeza al pronto que desagrado: echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrírsele al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto: al dia siguiente habia de salir de Segobriga el duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su rival detestada. Trató Sisberto de avisar al duque, no obstante la amenaza

de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo por donde se salía de su habitación á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto mientras la suerte del príncipe se decidía. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditación, llamó á su mujer, y afectando serenidad se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo. Sisberto se enojó veinte veces con su mujer diciendo que lo equivocaba todo, echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era en efecto el príncipe que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondía, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo á quien Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo y encerráronle en él amarrándole á una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba á los esposos del Valle del Paraiso. Froya á escondidas de su hermana, queria acabar en aquel mismo dia con Recesvinto: Teodosinda se proponia envenenar á Floriana así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar Froya el candado que habia mandado poner á la puerta del verdugo, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la orden y quedarse en el tránsito. Mandó á uno de sus satélites que hiciese despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido profundo terror. Vistióse dócil y siguió al soldado encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano y le previno que callase y pisara quedo: abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviese cerca de la puerta una luz de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja que daba á la prison del príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo señas á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, previniéndose ya á un espectáculo funesto.

—Mira sin que te sientan y calla, le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele el corazon á la noble jóven, porque en él subsistia siempre el cariño á su perdido esposo; pero supo contenerse sin dar un grito: cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevósela á su cuarto sin reparar en

su mal repimida angustia ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del duque la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

—Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser él hijo del rey de España, y yo solamente, duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido; yo voy á sucederle. Los grandes del reino, descontentos con él, los cuales si no son los mas en número son los poderosos, se han resuelto deponele, como él hizo deponer á su antecesor, el malogrado Tulga: hoy es la reunion de los coligados que vendrán á acamparse con las tropas ligeras que hayan podido reunir en las llanuras que cercan á Segobriga: allí voy á ser hoy alzado sobre el pavés monarca de los godos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio, que aunque tan viejo es muy temible, morirá si se deja prender: inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

—Ah! señor, exclamó Floriana cayendo de rodillas y juntando las manos. Misericordia con él.

—Alzate y cesa de pedir en su favor, porque de seguro te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle y voy á decírtelo; pero antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado: tal creía entonces: ahora estoy persuadido de que te ama.

—Es posible?... es verdad?... seré tan dichosa?...

—Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras no es muy envidiable. Prosigue: vuelvo á decir que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento: el dia que salimos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detrás de nosotros: esto indica que se hallaba en la corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

—Cielos! y yo que dudaba.... yo que le acusaba de infiel.... Pero, señor, entonces tú debes á Recesvinto la vida.

—No, te la debo á tí: primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa, favor que necesito pagarte; el premio será una corona.

—Cielo santo!

—Sí, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularle nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despiques aceptaras mi cariño, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí, hubiera sido mentira, y yo no miento: á qué he de mentir si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza es cosa que cual-

quiera mujer haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, á ser fiel esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar un alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del Norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida y se les recluye en un monasterio: si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen; el hijo al momento. Contempla tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los godos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya Floriana no le escuchaba: habia comprendido que Recesvinto la amaba todavía y que se le mandaba á costa de su amor salvar al amante amado: esta sola idea entraba en su entendimiento ofuscado por la inminente desgracia: lo demás ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único Ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios.

—Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: ¿es posible que permitais tanta crueldad?

—Posible? dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

—Su rey! su rey! qué falta te hace la corona? dijo la humilde sierva, elevándose por grados hasta tratar con el duque de igual á igual, casi de superior á inferior; rey! ¿sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿mejor que lo seria su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle: sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida; si el jefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto no existiria: la loca pasion que me inspiras, le vale. Puesto que soy mas humano que lo seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; este eres tú: sé mia, porque tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos, brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increíble.

—¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas: basta con una palabra mia, que será la expresion de mi vo-

luntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. Tú juras que he de ser tuya? Pues bien; yo juro que no.

El primer impulso del colérico duque fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva: el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia, tenia una ventana á cada lado: la una daba al campo, la otra á un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podia pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno, Froya habia mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del duque con intencion de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera, cortada por mano de Teodosinda. Ah! gritó desesperada; bien haya quien me despojó de estos cabellos que ahora me pueden servir para tejer un lazo que termine mi deplorable existencia. Arrancó pues la trenza y fué á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltacion frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducia al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante, que hizo al duque volver la cabeza.

Ya no podia hablar Floriana; no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El duque comprendió que aquella mano era suya: dió contraórden á Sisberto y subió.

Cuando abrió el duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalon de la ventana y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

—Procura sosegarle, le dijo con piedad el duque; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

—Es que yo no me contento con que vivan: quiero además que no se les deshonor. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenia en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará: no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me contento: no quiero que se les encarcele; solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el duque; eso que pides, es imposible por ahora: mas adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta

que asegure mi dominio: despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponerse mas condiciones.

—¡Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido esposa y he debido mirar por el que fué mi esposo; pero antes de ser suya era española, ó como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipacion de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica. ¡Pedirme á mí, decia, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso!

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Al cabo, al cabo, prosiguió el duque hablando como consigo propio, los reyes que querian sujetar á los grandes turbulentos, labrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Pues, Floriana, cuando me haya asegurado en el trono, igualaré á los españoles con los visigodos. En mí es esta determinacion mucho mas meritoria que lo fuera en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolicion de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipacion de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo de retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esa idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inesplicable amargura: los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase, pero la réplica fué aun mas amarga. Las reinas como yo, dijo, deben durar menos.

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El duque, en vista de un aviso que le daban, tenia que salir fuera de la ciudad para verse con algunos coligados. Llamó á unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana; pero que la guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuese con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana que tomara su ordinario desayuno: no estaba la infeliz liberta en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades por no contravenir á la órden que acababa de darles el duque. Por entonces, Floriana se salvó del veneno que para ella habia mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

VIII.

A la hora de haber salido Froya de la ciudad comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos: dieron la señal convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quienes debian entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitacion sorda á esperar la venida del gobernador, que habia de ser aquel mismo día saludado rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habian de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes: al descubrirlas desde el

castillo, habianse de tocar los clarines en la ciudad, se habia de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que seria recibido en triunfo, cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados: tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharia el grueso de la hueste á la ciudad imperial de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defenderia, porque sabian de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaria la eleccion para que fuese válida, y seria el rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados, que conocian á Teodosinda, se presentaron á saludarla: noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarian en descubrirse á lo lejos, subió acompañada de aquellos gefes á las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza ya á un lado, ya al otro. Pasaba tiempo y no relucia el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella espectacion, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del medio dia se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos ginetes por el mismo camino.

El hombre que venia á pié era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué habia salido y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que habia salido con un encargo del duque y venia de desempeñarlo: no podia decir cuál era por habersele encargado el secreto.

(Se continuará.)

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE A MADRID.

(IMPRESIONES DE VIAJE.)

POR EL EDECAN,

COMANDANTE GRAD^o DE INFANTERIA

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

A la Excm. Sra. Doña Josefa De-Gregorio, baronesa de Roisin. Madrid.

En el mes de Abril de 1854, y en el tomo del *Semanario Pintoresco Español*, publiqué la narracion de mi *Viaje á la República del Ecuador*. —Hoy, transcurridos cinco años, tengo el honor de ofrecer á los lectores del amenísimo cuanto ilustrado periódico literario de Cádiz *LA MODA*, mis impresiones de viaje de regreso de las Islas Canarias; aunque bajo un plan menos extenso, y para cuya metódica ilacion comenzaré por copiar las palabras que trazaba en mi álbum la víspera de embarcarme.

Tenerife 12 de Diciembre de 1858.

Hablo por experiencia; me gusta viajar, (escribia yo entonces). Despues de haber visitado España, Francia, Inglaterra, Africa y América, basta para que se hastie cualquiera que no tenga verdadera vocacion de viajero.

Me deleita el *vivir*; y á mi entender no se llama así á la materialidad de respirar solamente, no; entiendo que vivir es moverse, agitarse, obrar; hacer uso de nuestros órganos, de nuestras sensaciones y facultades; en una palabra, de todas las partes de nosotros mismos, dándonos el pleno conocimiento de nuestro ser.

El hombre que amontone mayor número de años, no por eso puede decir que, sea el que mas haya vivido; sino aquel que, por decirlo así, mas haya *sentido la vida*. ¿Y por qué medio mejor podemos lograr tal objeto que viajando?

Quien solo se haya agitado en el reducido círculo de una aldea, aunque le entierren cumplidos cien años, podrá decir cuando mas, que desde su nacimiento vegetó, pero de ningun modo que vivió un siglo.

Ah! cuán preferible no es morir jóven, pero habiendo recorrido las cinco partes del mundo, pudiendo al menos decir que hasta la hora de la muerte, siquiera prematura, se ha vivido propiamente. Los que viajan mucho, adquieren experiencia, que es madre de la ciencia; como asimismo, el conocimiento de idiomas; y sabido es que, un hombre vale otros tantos como lenguas hable; aprende á conocer á los hombres, y la naturaleza; y adquiere la difícil ciencia del conjunto de las cosas.

Los viajes son á la vez el faro que guia á los sabios, y el encanto que atrae á los que anhelan instruccion.

¿Qué somos todos, mas que unos viajeros en el mundo, ignorando á qué pais nos verémos precisados el dia de mañana á pedir el pan para nuestras familias?

Tocante á mí, sé decir, que deseára dar tres veces la vuelta al mundo.... y no es mucho si atendemos al cálculo de aquel sabio geógrafo que asevera que; "un hombre que comenzara su peregrinacion de diez y ocho años, y la acabára á los sesenta, sin necesidad de andar mas de cuatro leguas diarias durante su vida, llegaria á dar siete veces la vuelta á nuestro reducido planeta.

A viajar nuevamente! puesto que parece ser mi horóscopo; paso á la Península en virtud de una real órden que me destina á un regimiento — por haber cesado en mi comision de ayudante de campo, del general segundo cabo del Archipiélago Canario, que fué el Excmo. Sr. D. Leopoldo De Gregorio y Gracia, y en la actualidad lo es del distrito militar de Búrgos, cabiéndome la honra de volver á estar á sus órdenes, en los momentos que escribo estas líneas.

23 de Diciembre, bahía de Santa Cruz.

Eran las doce del dia cuando levaron el ancla

de nuestro pequeño vapor inglés, *Warrior* (Guerero), de la fuerza de 70 caballos, que se aprestaba á zarpar de la bahía de Santa Cruz, con viento contrario, mar de proa y tiempo duro, como el que reina en dicho mes.

Me acompañan mi esposa Adelaida, y nuestra hija Elena, de 27 meses de edad.

El pasaje por persona cuesta la exorbitante suma de 38 duros hasta Cádiz, travesía que en vapor, con tiempos favorables, y sin escala intermedia, debe efectuarse en 70 horas! Sacrificio, que por otra parte harán muchos viajeros gustosos á los buques extranjeros, mientras que nuestro gobierno no disponga sustituir por vapores, los buques-correos de vela, que tenemos en la actualidad, en los cuales estamos espuestos á tardar en esa navegacion de poco mas de 300 leguas, lo mismo 70 horas, que 70 dias; segun sean los tiempos de contrarios vientos, ó de calmas *chichas*. De ello tenemos un ejemplo muy reciente, pues el correo de vela *Jóven Temerario*, tardó dos meses en llegar de Cádiz á Santa Cruz, como lo ha dicho toda la prensa, pues habiendo llegado ya á la altura de las Islas Canarias, un fuerte vendabal arrojó nuevamente dicho bergantin-goleta sobre las playas de Cádiz, en cuyo puerto volvió á fondear, emprendiendo de nuevo su viaje, y recogiendo la correspondencia de otros dos correos. En Santa Cruz circularon rumores de que se habia perdido, no solo en vista de su tardanza tan sumamente prolongada, sino porque fué una época en que solo en el Atlántico hablaron los periódicos de mas de 200 siniestros.

(En el mismo dia, á las dos de la tarde, en alta mar, y mareado.)

Yo quisiera estar encima de cubierta, con mi lápiz, y mi *memorandum*, despidiéndome de las magestuosas montañas, y de las playas de Tenerife; pero, me acomete el vértigo insano del mas tirano de los achaques, que me tiene clavado á mi litera, rindiendo al mar el doloroso tributo que la mayor parte de los hombres de tierra le pagan al navegar.

En esta disposición, la del ánimo es melancólica, y gira la mente sobre tristes ideas....

Dónde vamos? pensaba yo: A Cádiz? Lo creemos, pero ah! no hay que echar cálculos en el mar! Y asaltó á mi pensamiento un recuerdo histórico; hélo aquí.

Hace trece años.... fué en la primavera de 1845, que el célebre almirante Sir Juan Franklin, zarpo de las aguas del Támesis umbrío, acaudillando una expedicion esploradora con destino á los mares del Polo, compuesta de dos navíos: el *Erébo* y el *Teror*, que tripulaban 138 hombres.

Al año siguiente de 1846, se tuvo de la expedicion alguna noticia.

Pero, á partir de aquella época hasta la hora presente, absolutamente nada se ha vuelto á traslucir respecto del destino que ha cabido á aquellos desdichados, que hallarian probablemente su tum-

ba fría en los témpanos flotantes de la helada Groenlandia. Lo cierto es que, no ha quedado ni uno para contarle, ni la menor astilla se ha hallado de las soberbias naves!...

Todo tiene fin en este mundo. Cansado el gobierno inglés de aguardar ocho años, y después de haber empleado veinte buques y mil hombres practicando las mas esquisitas pesquisas en busca de los naufragos, y juzgando haber pagado suficientemente en nombre de la patria el tributo á que se hicieron acreedores aquellos valientes sacrificándose por ella, dispuso al cabo que la *Gaceta de Londres* declarase oficialmente por fenecidos á los malhadados expedicionarios del *Erebo* y del *Terror*.

Por eso dije antes, y ahora repito, no hay que echar cálculos en el formidable elemento del mar!...

Eso sí; por otro lado, bien considerado, el mar encierra tanta ó mas poesía que la tierra y las montañas; porque habla á la vez á los ojos, al pensamiento y al alma; su movilidad parece imprimirle vida y pasiones, espresando ora la ira ó la aquiescencia del alma alternativamente agitada ó tranquila. A veces la diafanidad de sus aguas la hace semejar al éter que refracta los fulgores del sol y de las estrellas; y rodando, ya la luz, ya las tinieblas en las ondulaciones de sus olas, tranfigúranse indefinidamente cual camaleón de cambiantes colores. ¿Y qué cosa hay como la incommensurable inmensidad del mar, que mas predisponga nuestro entendimiento á la meditacion, y nos dé una idea siquiera remota, de la eternidad y de Dios?

26 de Diciembre. Rada de Mogadoor. Mar gruesa.

A las sesenta y nueve horas de nuestra salida, alcanzamos, no sin gran dificultad, el mal fondeadero de Mogadoor; navegacion en vapor que solo debió durar cincuenta horas con buen tiempo.

Mogadoor es una isla con un puerto y un fuerte, en el imperio de Marruecos, situados en las costas occidentales del continente africano á unas cinco millas del océano, y no lejos del cabo de Ozem, provincia de Hea; y algunos geógrafos opinan que sea la antigua isla de *Erytria*. Los moros la llaman indistintamente Mogadoor ó Suera, denominacion que segun tradicion le fué adjudicada por un *santon* tenido allí en gran veneracion, Sidi-Mogador; y cuyo sepulcro que se halla á corta distancia al sur de la ciudad, merece verse. Examinado de cerca el castillo es de poca importancia, fué edificado por los portugueses, quienes en 1760 empezaron á levantar allí un pueblo concluido ya en el día por los moros, por juzgar el punto favorable para el tráfico.

El primer aspecto de la poblacion desde bordo, nos pareció pintoresco, con sus pórticos, ojivas, con sus calles tiradas á cordel, y sus casas de azoteas, blanqueadas por dentro, y fuera. Para el cristiano que desconoce los pueblos del oriente, aquel no carece de novedad, y aun recuerda la lectura de las *Mil y una noches*! ilusion que, se desvanece en cuanto se interna uno en las calles, donde la policía es cosa de contrabando. Por lo demás,

para estudiar las costumbres orientales, es lo mismo que si fuese uno al Cáiro, ó á Constantinopla. Aunque suponen que las casas de Mogadoor son edificadas bajo un plan mejor que las de ninguna otra ciudad del reino de Marruecos, no son por eso menos tristes; parecen cárceles con ventanas á estilo de mazmorras que no dan á la calle sino al interior de los patios. Además del fuerte mencionado que defiende el puerto, hay baterías, no solo por el lado del mar, sino tambien á la banda del Sur, para precaver y rechazar las tentativas de invasion por parte de otros moros menos civilizados. La ciudad está edificada en una llanura tan baja, que la inundan en la primavera las mareas altas. Hicimos una lijera incursion á caballo; el aspecto general del territorio es árido y melancólico; lleno de arenales abrasados y movedizos, y el *simoun* que sopla del desierto y suele á veces llegar allí, abrasa los ojos y los labios. Un canal constituye la bahía, formado por la costa de un lado, y del otro por un islote como de una milla de estension. Las arenas que se van acumulando en aquel puerto, le hacen de día en día mas temible.

(Se concluirá.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Solucion del geroglífico anterior.

Pan de mis alforjas, como él no me falte todo me sobra.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

